

# ***VENCEDOR DE LAS FLORES Y LAS ALONDRAS***

Es tu risa la espada  
más victoriosa,  
vencedor de las flores  
y las alondras.  
Rival del sol.  
Porvenir de mis huesos  
y de mi amor.

**MIGUEL HERNÁNDEZ**  
***NANAS DE LA CEBOLLA***

A Matixa se le murió el niño al acabar la guerra. Sus pechos fueron dos fuentes rotas que acabaron secándose. La leche de cabra, que Fermín, su marido, había traído de la choza de los pastores, no sirvió para mantenerlo con vida. “Está tísico, Matixa, el niño está tísico”, le había dicho Naroa, la comadrona de Amorebieta, escupiendo las palabras como si fueran una maldición. Sabía reconocer las dolencias de las criaturas examinándoles el pecho y el vientre. Era como si prendiera en el tacto el latido de la sangre que fluía igual que un río amarillo y sucio hasta el corazón. Eso era la tisis. Una riada lenta y oscura que fue subiendo hacia los ojos del pequeño Antxón hasta dejarlos quietos, detenidos en la muerte. Al alba, la cabeza del niño se tronchó como un lirio y el cuerpecito inerte puso en la madre ese frío inconfundible que sale de la piel de los muertos, ese frío que se cuele en las manos y se queda tatuado para siempre. Matixa zarandeó al niño para que reaccionara, lo apretó contra su pecho intentando devolverle

la vida con el abrazo, pronunció una y otra vez su nombre hasta que su voz se rompió en un alarido. Desde entonces Matixa no volvió a ser la misma. Se sumergió dentro de un sueño que para los demás resultaba ser una de esas historias borrosas y sin perfiles, que se repiten de boca en boca cuando alguien enloquece. Matixa estaba en una isla vacía, escuchando su propio miedo, apretándose los pechos hasta estrujarlos, culpándose con aquel gesto de la muerte de su hijo. No replicaba a Fermín cuándo le hablaba, sólo emitía un gemido débil y comenzaba a amasarse los senos nerviosamente, como si el niño continuara todavía en su regazo esperando el pezón. Luego irrumpía en un llanto angustiado, corría a la cunita de madera y la balanceaba durante horas seguidas hasta que se le agotaban las lágrimas, y se instalaba otra vez en su isla de silencio, levantando una muralla invisible que la apartaba del mundo, y se contaba una mentira, que era para ella su única verdad, donde el niño seguía vivo, durmiendo plácidamente en la cuna.

Había pasado dos semanas desde la muerte del pequeño, cuando Matixa se dirigió a la Sierra de Aramotz-Eskubaratz. Comenzaba a amanecer. Mikel, el arriero, la detuvo para advertirle que era peligroso adentrarse en el monte. En los últimos días una patrulla de soldados había estado rastreando la zona en busca de los fugitivos.

-Voy a buscar alholvas para que me venga la leche, voy a buscar alholvas para que me venga la leche, estoy seca, estoy seca y tengo que amamantar al niño, estoy seca, estoy seca.

Mikel la agarró del brazo e intentó convencerla para que regresara, pero rápidamente se deshizo de las manos del arriero y salió corriendo. Se perdió en la maleza como un animal asustado, arrastrando con ella un rumor de pasos locos. Mikel y Pedro, un joven pastor, bajaron al pueblo para avisar a Fermín. Éste ya había iniciado su búsqueda yendo a casa de la comadrona.

-Matixa no anda muy bien de la sesera desde que se murió el niño, Fermín-aseveró Naroa, enseñando su encía deshuesada.

Pedro con la voz templada por el miedo dijo:

-Es peligroso que vaya sola por el monte, está cuajado de maquis, y los soldados andan batiéndolo estos días para ver si dan caza a alguno. No es conveniente que Matixa suba a la Peña de Mugarra.

Fermín y los dos hombres, pusieron rumbo al monte donde formaron una cuadrilla para buscarla. El frío era crudo y se colaba en la médula de los huesos. Recorrieron gándaras, treparon por montes escarpados, se emboscaron en una selva de fresnos y tilos. Durante cuatro días culminaron cimas, rastrearon pedregales inaccesibles, peñas rochas, y cuevas. Al quinto día un grupo de soldados trajo a Matixa con las manos amarradas. Uno de ellos intervino:

-¿La conocéis?

-Es mi esposa –sentenció Fermín acercándose a ella.

-La encontramos vagando por el monte hace unos días. El coronel la interrogó para que le confesara dónde se esconden los huidos, pero ella repetía una y otra vez que iba a buscar alhorvas para que le volviera la leche. ¡Está loca! Le dimos cobijo en nuestro campamento, y la muy puta, mordió y arañó al coronel como una gata en celo. La llevamos al cuartelillo –dijo el soldado.

-Está muy enferma. Nuestro hijo murió de tisis y sigue empeñada en que está vivo. Ha perdido la razón, Matixa ha perdido la razón –la justificó Fermín.

Todos bajaron hasta el pueblo haciéndole procesión a la condenada. Iba con el pelo desgredado, el vestido lleno de jirones, los pies descalzos cuajados de rasguños. Caminaba despacio, susurrando algo que nadie lograba entender.

Llegaron al cuartelillo del pueblo y el teniente Guelbenzu ordenó que la condujeran a la habitación del fondo. Matixa estaba sentada con la mirada perdida en la llama del candil

-Vamos a ver, hija de perra, me vas a explicar ahora mismo qué hacías en el monte, y por qué casi le rebanas con los dientes los dedos al coronel –dijo el teniente

-Fui a buscar alhorvas, pero ya no las necesito. Dentro de poco mis pechos volverán a estar llenos igual que mi vientre. El niño nacerá de nuevo –respondió Matixa.

-Como vuelvas a decir otra gansada te juro, por mis cojones, que te mato aquí mismo. Quiero la verdad, Matixa. Explícame por qué demonios arañaste y mordiste al coronel Toribio. ¿Te descubrió mientras te revolcabas con algún fugitivo en el monte? Tienes cara de puta, de ser muy puta, y seguro que subiste para encontrarte con algún rojillo de los que se esconden por ahí. ¿Sabe tu marido que lo engañas? ¡Contéstame!

-Mi hijo Antxón volverá a nacer, y esta vez tendré leche para amamantarlo – dijo Matixa con la voz firme y el porte sereno. Y se llevó las manos al vientre como si sintiera otra vez el chapoteo de un bebé en el líquido amniótico.

-Matixa está loca, está loca, Fermín. Va para el manicomio de Zaldibar, y tienes que estarme agradecido de que no la envíe al paredón –dijo el teniente al marido, sin que asomara a sus palabras la sombra de la duda.

La escoltaron hasta el tren. Matixa iba sentada al lado de su marido, junto a la ventana, frente a ellos dos guardias civiles. Anochecía cuando llegaron. Bajaron en la estación y pusieron rumbo al manicomio. Una monja los hizo pasar a una habitación blanquísima. Allí debían esperar hasta que la madre superiora le indicara a Matixa que pasara a las dependencias. Fermín se sentó al lado de su esposa. Los dos guardias civiles fumaban en la puerta. A la sala sólo llegaba el repique de un timbre anémico, o el rumor leve de los pasos monjiles. Se respiraba un olor pastoso como de laguna quieta, y se

notaba un ambiente de enervante angustia, estaban dentro de una atmósfera mefítica y rancia que poco a poco se iba pegando a las ropas y al alma. Fermín la imaginaba dentro de aquel recinto, rodeada de mujeres que se golpearían una y otra vez la cabeza contra las paredes, de viejas que jugaban con muñecas, de seres que caminarían por el jardín como autómatas. Desde que era niño le habían hablado de Izaskun “la loca” como de un animal salvaje que tuvo que ingresar en el manicomio de Bermeo, el lugar sobre la tierra más parecido al infierno. Para Fermín, igual que para todos los del pueblo, los locos eran igual que apestados, traidores que mantenían el afán de estar vivos en pos de un espejismo. Entre aquellas paredes imaginó que debía ocurrir a cada instante un espectáculo exasperado y trastabillante, a veces burdo, descarnado y cruel siempre. La realidad era percibida con una lente de aumento y desde un solo ángulo. Allí la locura se bañaba en una luz cruda y rasante, farfullando, rechinando, gritando o callando. Matixa había creado su isla y su exilio, y ahora debía tolerar esa luz visceral, aquel olor espeso que tenía la locura, capaz de arrastrar a cualquiera a la sensación apelmazante de la náusea.

La monja volvió al cabo de diez minutos acompañada por la madre superiora Sor Ana Maíz. Dio aviso a los guardias de que la internaban, y cogiéndola del brazo le habló a Fermín con la voz untada por la fatiga:

-Mañana será atendida por el doctor Aranzamendi. Permanecerá aquí hasta que se recupere. Podrá visitarla el primer domingo de cada mes. Confíe en Dios y rece cada día por ella, por todos estos desvalidos.

Fermín acarició las mejillas de Matixa, que lo miró con la mansedumbre de quien se deja voluntariamente domar. Besó el crucifijo de madera que pendía de la cintura de Sor Ana, se persignó con nerviosismo y salió acompañado de los dos civiles, camino a la estación donde cogerían el tren de vuelta.

La madre superiora instaló a Matixa en una pequeña habitación, después de haberla bañado y haberle desinfectado el pelo. Ella volvió a acariciarse el vientre, tumbada en la cama; volvió a hundirse en su narcosis, en su refugio, en el oasis de su isla, a mil leguas de la realidad.

A la mañana siguiente las monjas la condujeron a la consulta del doctor Aranzamendi que la observó con detenimiento. Su figura alta y delgada resaltaba al trasluz. El pelo negro se retiraba de las sienes, tirante y liso, y caía en una cascada por la espalda. Sus ojos verdes, le hicieron sentir un desasosiego indefinible, era como si allí dentro las aguas de un río, cenagosas y turbias durante la noche, se hubieran vuelto, con el día, de una nitidez bruñida y fría. La invitó a sentarse. Ella empezó a murmurar algo en voz baja.

-¿Qué ocurre, Matixa? Puedes contarme lo que te pasa, nadie te va a hacer daño. Te lo prometo. Cuéntame qué ocurre.

Una risa extraña tembló en las facciones de la muchacha.

-Me volverá a nacer el hijo, y esta vez mis pechos no se quedarán secos.

El doctor Aranzamendi se pasó la mano por la mata rebelde de pelo y le dijo:

-Matixa, tu hijo murió. Murió en tus brazos. Antxón no va a volver.

-¡Me volverá a nacer el hijo y no me quedaré seca! –gritó con rabia desmintiendo las palabras del médico.

El río profundo que había en sus pupilas pareció desbordarse. Luego volvió a su mutismo. Las palabras del médico, a partir de aquel instante, no causaron en ella efecto alguno. Aranzamendi hizo sonar el timbre y en seguida llegó Sor Magdalena. Le dio un papel con la medicación que debían administrarle. Desde aquel día Matixa empezó a compartir el pabellón de los enfermos menos conflictivos, que dibujaban, escribían, cantaban o rezaban en compañía de las monjas. La hermana Sor Teresa quería enseñarla

a escribir. En un cuaderno rotuló el nombre de su hijo, y le explicó, igual que se le explica a una niña pequeña, como debían ser los trazos. Mojando en el tintero se aplicaba a escribir el nombre con corrección. Cuando lo aprendió, la monja quiso enseñarle a escribir otras palabras, pero ella se negó. La madre superiora le preguntó el por qué de esa actitud, y ella contestó con voz inamovible:

-Cuando haya escrito el nombre en todas las hojas de los nueve cuadernos que me ha regalado Sor Teresa, me nacerá el hijo.

Nadie le replicó, y día tras día se empleaba con empeño en la escritura, mil veces repetida. El doctor Aranzamendi le había cambiado el tratamiento en varias ocasiones. Matixa había ido mejorando: mantenía, aunque breves, diálogos con las monjas u otros enfermos; se le permitía que se aseara sola; y ella misma se hacía los vestidos con la tela que Fermín le traía cuando venía a visitarla. Sin embargo nadie había sido capaz de hacerla desistir de la idea de escribir en los cuadernos el nombre de su hijo una y otra vez, rellenando hojas enteras antes de ponerse a coser. Al cuarto mes de su estancia en el manicomio, Matixa comenzó a ponerse sus propios vestidos. Su cuerpo se sumergía en un mar de pliegues que borraba por entero el contorno de su figura. Con los retales sobrantes empezó a cortar pañales, y a bordar en sus esquinas el nombre del bebé. Sor Ana Maíz no desaprobaba su conducta, sabía que era imposible hacerla desistir.

Por la noche, Matixa se acostaba y observaba las vidrieras azules y rojas de la ventana; oía la respiración de los dormitorios vecinos, cada uno con un aliento diferente. Escuchaba el bisbiseo de las monjas, que hacían el turno de noche, saliendo de todos los rincones, como si fueran cucarachas y estuvieran metidas por las grietas de las paredes. Volvía a sentir aquel dolor suave debajo de las costillas, alrededor del vientre abultado, que iba recorriéndose con los dedos desde el ombligo al pubis. Notaba el latido de aquel cuerpecito que iba creciendo dentro. Y en voz baja le decía que esta vez no se quedaría

seca. Esta vez tendría leche para amamantarlo, no dejaría que la muerte volviera a llevárselo. “Vivirás, Antxón” le susurraba antes de quedarse dormida.

El primero de agosto Matixa no se presentó en el comedor para desayunar. Sor Ana Maíz envió a la hermana Teresa a buscarla, pensaba que se había quedado dormida. Ésta la encontró agarrada con fuerza a las sábanas, con las piernas abiertas, respirando agitadamente. Sor Teresa corrió en busca de ayuda. Las monjas se arremolinaron en torno a la cama, Matixa se había puesto de parto. Comenzó a asistirle la madre superiora, que había ayudado a dar a luz a algunas mujeres durante la guerra.

-¡Es un niño! ¡Es un niño! –gritó Sor Ana Maíz mientras liaba recién nacido en una sábana.

Le dieron el bebé a Matixa que se lo acercó al pecho para que mamara.

-Vivirás, Antxón, no me quedaré seca –le dijo mientras el pequeño chupaba el pezón.

El doctor Aranzamendi no salía de su asombro cuando vio la escena. Matixa lo miró y todo volvió a sucederse en el río verde de sus ojos. El cuerpo del coronel caía sobre el suyo menudo. La embestía entre las piernas. Le mordía las manos que le tapaban la boca. Le arañaba la espalda como una fiera salvaje. Y entre jadeos él le repetía que era una perra como todas las rojas. Y a ella la voz pastosa le dolía lo mismo que los embates. Sus gritos se fueron apagando en la noche aciaga del monte. Se dejó vencer. Ella quería a su hijo. Y su vientre se fue poblando. Era suyo. Solamente suyo. Antxón había vuelto a nacer y esta vez la muerte no se lo llevaría.